

F. K. Forberg, *Formas de hacer el amor. El sexo en la Antigüedad clásica*, Estudio introductorio y traducción de J. M. Ruiz Vila, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2023, 308 pp.

La sexualidad en las antiguas Grecia y Roma se vivía con otros parámetros distintos a los actuales. Desde que la helena Safo mostrara en sus poemas el amor de una mujer hacia otra hasta los explícitos epigramas del romano Marcial han sido muchas, y de muy diverso tipo, las composiciones literarias que guardan relación con el amor y, más concretamente, con la práctica sexual. Sin embargo, aunque existían muestras de algunas prácticas, desde la Antigüedad no existía un manual que las recogiera de forma sistemática. Este vacío bibliográfico se completa con la obra de F. K. Forberg, quien en 1824 publicó, como apéndice a una edición de epigramas renacentistas, la obra *De figuris Veneris*, el texto que aquí presentamos.

El aviso al lector, “Lector, si tienes sentido común, no leas este libro. No digas que no te avisé”, por parte del traductor, el profesor de la Universidad Complutense de Madrid J. M. Ruiz Vila, ya nos pone sobre aviso del contenido provocador del volumen. El prólogo resulta de una exquisitez fascinante: supone una defensa de la labor de traducción en los tiempos actuales. A partir de las ideas expresadas en la versión inglesa de esta obra a finales del s. XIX, el traductor aquí defiende la tarea emprendida, a saber, actualizar un texto latino con el objetivo de transmitir una obra para un público más amplio que los estudiantes de filología clásica y los médicos, primigenio destinatario al que iría, en un principio, dirigido el *De figuris Veneris*. Si bien es cierto que se trata de un tratado técnico, contiene un lenguaje vulgar y coloquial, y así, confiesa el traductor, se presenta también en esta versión castellana; un prólogo, en fin, de todo punto atractivo para sumergirse en este peculiar texto.

El primer apartado de la introducción (pp. 13-16) está dedicado a la presentación del autor, F. K. Forberg, nacido en el año 1770. Tuvo como primer motor vital formar parte de la vida universitaria y a ella se acercó desde los estudios de filosofía; sus escritos fueron muy polémicos, sobre todo los relacionados con la religión cristiana (queda incluso de manifiesto en el prefacio de la obra aquí traducida, p. 103), que casi le valieron el despido inmediato de los cargos que ostentaba. Será el descubrimiento de los epigramas eróticos del humanista italiano Beccadelli lo que marcará su paso de la filosofía a la filología, ciencia a la que se dedicará hasta el final de sus días, en el año 1848. El segundo apartado (pp. 16-22) presenta *Hermafrodito*, el conjunto de epigramas eróticos publicado en el año 1425 por parte del antes mencionado Beccadelli. Estos epigramas le acarrearán no pocas críticas de las que tuvo que defenderse constantemente, utilizando como argumentos los propios pasajes de las fuentes latinas clásicas (Marcial, Catulo, Ovidio, etc.). Estos epigramas renacentistas conocen dos ediciones a finales del siglo XVIII, y ambas gozaron, sobre todo la de París de 1791, de una gran difusión. En su edición crítica Forberg se encarga de la numeración de los epigramas, la corrección del texto con la inclusión de un aparato crítico, así como de la rectificación de la puntuación. Además, Forberg añadió

al final un apéndice, que excede con mucho la propia obra del humanista italiano, sobre las distintas posturas y prácticas sexuales a partir de las fuentes clásicas, un apéndice que constituye la obra que aquí se traduce: *De figuris Veneris*. En el siguiente apartado de la introducción (pp. 22-29) se presenta el contenido y la estructura de la obra: consta de un prefacio y ocho capítulos en los que se analizan las prácticas sexuales en las antiguas Grecia y Roma. No distingue el autor alemán entre amor homosexual y heterosexual, sino que la organización parte de los miembros involucrados en la obtención de placer, esto es, según Forberg, si se emplea (o no) el miembro viril. Esta falta de distinción entre homosexualidad y heterosexualidad da pie al traductor a realizar un breve, pero muy claro, recorrido sobre la moralidad en materia sexual entre los antiguos y a trazar unas líneas generales sobre cuáles eran sus conceptos fundamentales. El sometimiento sexual en Roma a manos del hombre adulto ciudadano libre arraigaba en la estructura social, una sociedad militarizada, altamente jerarquizada, esclavista y machista donde el *paterfamilias* ostentaba el poder (p. 26), factores fundamentales para la instauración de la dominación masculina en las prácticas sexuales. La obra de Forberg supone el primer intento serio de abordar el sexo desde un punto de vista filológico y etiológico (p. 32), y ello implica el empleo de numerosísimas fuentes griegas, romanas, renacentistas y modernas. En el análisis del contenido, cuatro de los ocho capítulos están dedicados al placer masculino (pp. 32-47). Tiene un lugar especial en esta sección el análisis léxico: no solamente se señalan las palabras usadas por Forberg y sus testimonios en los autores latinos antiguos y en los epigramas renacentistas, sino que se explica, con habilidad y mucha acribia, cuáles han sido los términos castellanos elegidos para su traducción. Asimismo, todo este tercer apartado está muy bien documentado, con una gran cantidad de datos no solamente de las propias fuentes clásicas, sino también de los investigadores modernos, con un sucinto aparato de notas con algunos textos latinos y determinadas referencias bibliográficas. Se insiste en este apartado en la idea del rol pasivo en las relaciones sexuales en el mundo romano (en el helénico la relación de un ciudadano libre con un muchacho entre los 12 y los 17 años estaba bien visto). Es a los 25 años, como señala el traductor, el momento en el que el ciudadano romano libre adoptaba el rol activo en las relaciones sexuales. En la exposición del contenido de los cuatro capítulos sobre el placer masculino (el último está dedicado a la masturbación, no tan criticada en el mundo romano como lo será después en los siglos posteriores) reina la misma estructura: etimología de los términos, usos antiguos, justificación de la traducción castellana y concepciones clásicas y modernas sobre una determinada práctica sexual. El siguiente apartado lo constituye el placer femenino (pp. 47-54) y mantiene el mismo alto nivel filológico (y traductológico). Aquí se detalla el contenido del capítulo titulado “los lamecoños”, donde se aprecia, conforme a la mentalidad romana, el total y absoluto rol pasivo de esta práctica (suponía dejar impura la boca lamiendo a la mujer). En el capítulo sobre el amor entre féminas, “las tribadas”, se explica que era algo incomprensible para el pensamiento romano la relación entre dos entes pasivos del acto sexual, de modo que una de las mujeres debía adoptar el rol activo. El mundo griego guardaba otra visión respecto del amor femenino (no hay más que pensar en la figura de Safo). Entendía, pues, las tribadas Forberg como un amor femenino amplio, sin la presencia activa del varón (incluye el clasicista alemán aquí también la masturbación femenina). Los dos últimos capítulos están dedicados a las prácticas sexuales con animales y otras más extrañas (y con mayor número de participantes), y en esta parte de la introducción se explica el porqué de la traducción de los títulos de sendos capítulos. El cuarto gran apartado de la introducción está dedicado a la historia del texto y sus traducciones (pp. 54-69). La edición del propio Forberg de 1824 abría con una advertencia

al lector sobre el contenido de la obra, algo que el traductor ha imitado en esta versión castellana. Pasa entonces a detallar la edición francesa de 1882, la cual se acaba erigiendo en el texto base de todas las traducciones francesas posteriores –por encima incluso del original de Forberg de 1824–, y la inglesa de 1884, con las posteriores versiones al inglés, alemán e italiano. Se estudian las adiciones al cuerpo de texto de Liseux, el editor francés de 1882, las supresiones y algunas notas aclaratorias que no figuran en la versión de Forberg. Analiza posteriormente con sumo detalle J. M. Ruiz Vila las ediciones de 1887, 1907 y 1924, reparando en las inclusiones de versos en los textos clásicos y el calco de las versiones inglesas entre ellas. Termina este apartado mencionando el respeto del traductor por los textos clásicos en la versión de Forberg: no los ha corregido siguiendo las ediciones modernas para mantener la interpretación del erudito alemán en dichos pasajes. El último apartado de la introducción está dedicado a justificar la presente traducción (pp. 69-74). Lo más destacado de este capítulo es la explicación, ejemplificada con los pasajes de la obra, de las soluciones adoptadas para ofrecer un texto castellano muy cercano a todos los lectores. Confiesa el autor que ha optado aquí por el método de la sustitución traductológica, cuyo objetivo es que el lector no necesite el texto en lengua original y se trasladen, a expresiones o términos contemporáneos actuales, las expresiones de la lengua de salida para prescindir, en la medida de lo posible, de notas aclaratorias. A este respecto, señala unos cuantos pasajes problemáticos para mantener este criterio traductológico. Por poner uno de los múltiples ejemplos aquí recogidos, en la p. 139, para mantener el juego rítmico con las palabras “orto”, “mamada” y “coño”, se traducen las ciudades mencionadas en la versión latina de Forberg como “Oporto”, “Igalada” y “Logroño”.

Se cierra la introducción con la bibliografía (pp. 75-98), muy extensa, que se ha dividido en cuatro grandes apartados: “Ediciones y traducciones del *De figuris Veneris*”, “Ediciones y estudios sobre F.K. Forberg y su obra”, “Autores antiguos. Ediciones y traducciones consultadas” y “Bibliografía básica sobre la sexualidad en Grecia y Roma”.

Lo más atractivo, sin lugar a dudas, de este volumen, es la traducción castellana del *De figuris Veneris* (pp. 101-241). Aunque ya hemos mencionado algún título, conviene ahora recoger los ocho que componen este tratado: “1. La jodienda”, “2. La enculada”, “3. La mamada”, “4. La masturbación”, “5. Los lamecoños”, “6. Las tribadas”, “7. El sexo con animales” y “8. Las orgías”. En el Prefacio sí hay un rico aparato de notas en el que se señalan textos clásicos y referencias de Forberg, pero ya en la propia obra son francamente escasas (alguna referencia a textos clásicos, del propio Forberg, o de otra índole que aclaran determinados pasajes). La traducción es sencillamente deliciosa: la fluidez del castellano, la traducción de los vulgarismos y el tono científico y vulgar al mismo tiempo es espléndido. Son muchos los textos clásicos, renacentistas y modernos que recoge Forberg para ilustrar las posturas (además, por supuesto, de la reproducción de grabados que se mantienen en esta versión castellana) y que el traductor J. M. Ruiz Vila sabe trasladar a un actual, entretenido, corriente (y cuidado a la par) castellano. Es, por supuesto, mérito del traductor que la comprensión del texto se haga sin necesidad de notas a pie, y es mérito también del traductor tan amena lectura.

Se cierra la obra con un catálogo de posturas para practicar sexo (pp. 243-246), un índice de autores antiguos citados (pp. 247-264), un índice de figuras (pp. 265-266) y un glosario de autores y personajes históricos (pp. 267-306).

Estamos ante una obra olvidada por los eruditos debido al tema tratado y que quedaba restringida, según la tradición, a un selecto público. Sin embargo, el logro de esta traducción castellana, desde la primera página de la introducción hasta la última del glosario de autores y personajes históricos, es que cualquier persona, ducha o lega en el mundo

clásico, comprenderá el contenido a la perfección y, sobre todo, se divertirá sobremanera con el *De figuris Veneris*, una lectura más que recomendable para conocer, de forma sistemática, cuáles eran las prácticas sexuales del mundo clásico.

Iván López Martín